



## CAPÍTULO DOS

---

### EL CAMINO MÁS LARGO A CASA

— **M**e entusiasma tanto esta clase —le dijo Alex a Conner mientras caminaban de regreso a casa desde la escuela. Conner estaba acostumbrado a oír esa frase, que, por lo general, era la señal para que él dejara de escuchar a su hermana.

»La señora Peters tenía razón en lo que dijo, sabes —continuó emocionada, diciendo una palabra por segundo—. ¡Piensa en todo lo que se pierden los niños cuando no están expuestos a los cuentos de hadas! ¡Debe ser horrible! ¿No te sientes realmente mal por ellos? Oye Conner, ¿me estás escuchando?

–Sí –respondió, con la atención puesta en el caparazón de caracol abandonado que pateaba mientras caminaban.

–¿Puedes imaginarte una infancia sin conocer a todos esos personajes y lugares? –prosiguió Alex–. Somos tan afortunados de que papá y la abuela se hayan encargado de leernos cuentos cuando éramos niños.

–Qué suerte... –asintió Conner, aunque no sabía exactamente en qué estaba de acuerdo.

Todos los días después de la escuela, los mellizos Bailey caminaban juntos de regreso a casa. Vivían en un barrio encantador que se encontraba rodeado de más barrios encantadores que, al mismo tiempo, estaban rodeados de otro grupo de barrios encantadores. Era un mar de suburbios, donde cada casa era similar a la de al lado, pero única y diferente a la vez.

Para pasar el tiempo mientras caminaban, Alex compartía con su hermano todo lo que se le cruzaba por la cabeza: pensamientos y preocupaciones, un resumen de todo lo que había aprendido en el día y lo que planeaba hacer en cuanto llegara a casa. Por más molesta que le parecía a Conner esta rutina diaria, sabía que él era la única persona en el mundo con la que su hermana podía hablar, así que hacía su mayor esfuerzo por escucharla. Pero escuchar nunca había sido su punto fuerte.

–¿Cómo decidiré sobre qué historia escribir?; Es muy difícil elegir una! –exclamó Alex, aplaudiendo con entusiasmo–. ¿Sobre cuál vas a escribir tu ensayo?

–Ehhh... –dijo Conner, levantando rápido la vista del suelo. Tuvo que rebobinar mentalmente la conversación para recordar cuál era la pregunta.



»*Pedro y el lobo* –exclamó. Eligió el primer cuento que se le ocurrió.

–No puedes elegir ese –dijo Alex, negando con la cabeza–. ¡Es la opción obvia! Tienes que elegir uno más desafiante si quieres impresionar a la señora Peters, uno que tenga un mensaje oculto que no esté tan a la vista.

Conner suspiró. Siempre era más fácil seguirle la corriente a su hermana en lugar de discutir con ella, pero a veces la discusión era inevitable.

–De acuerdo, elijo *La bella durmiente* –decidió.

–Una opción interesante –dijo Alex intrigada–. ¿Cuál es en *tu* opinión la lección de la historia?

–No molestes a tus vecinos, supongo –respondió Conner. Alex lanzó un gruñido de desaprobación.

–¡Estoy hablando en serio, Conner! Esa *no* es la lección de *La bella durmiente* –lo regañó su hermana.

–Claro que es esa –explicó Conner–. Si el rey y la reina hubieran invitado a esa hechicera demente a la fiesta de su hija, nada hubiera sucedido.

–No podrían haber evitado lo que sucedió –dijo Alex–. Esa hechicera era malvada y es probable que de todos modos hubiera maldecido a la princesa. *La bella durmiente* es sobre intentar evitar lo inevitable. Sus padres intentaron protegerla y quemaron todas las ruelas del reino. La protegieron tanto que ni siquiera ella supo cuál era el peligro, y se pinchó el dedo con el primer huso que vio.

Conner consideró esta posibilidad y negó con la cabeza. Su versión le gustaba mucho más.

–No estoy de acuerdo –replicó–. He visto cómo te pones cuando alguien no te invita a algún lado y, en esos casos,



también sueles verte como alguien que podría maldecir a un bebé.

Alex le lanzó una mirada asesina a Conner que hubiera enorgullecido a la señora Peters.

–Si bien no existe algo semejante a una *interpretación* errónea, debo decir que *eso* es definitivamente un error de comprensión –dijo Alex.

–Solo digo que tengas cuidado a quién ignoras –explicó Conner–. Siempre pensé que los padres de la Bella Durmiente tenían merecido lo que les pasó.

–¿Eh? –indagó Alex–. ¿Entonces asumo que crees que Hansel y Gretel también tenían merecido lo que les pasó?

–Sí –respondió Conner, sintiéndose inteligente–. ¡Y la bruja también!

–¿Por qué? –preguntó Alex.

–Porque –explicó Conner con una sonrisa de autosuficiencia en el rostro–, si vas a vivir en una casa hecha de dulces, no te puedes mudar al lado de unos niños obesos. A muchos de los personajes de los cuentos de hadas les falta sentido común.

Alex soltó otro gruñido de desaprobación. Conner creyó que podía sacarle por lo menos cincuenta gruñidos más antes de que llegaran a casa.

–¡La bruja no era su vecina! ¡Vivía en las profundidades del bosque! Recuerda que tuvieron que dejar un rastro de migas de pan para encontrar el camino de regreso. Y justamente la casa de dulces estaba hecha así para atraer a los niños. ¡Estaban muertos de hambre! –le recordó Alex–. Al menos, asegúrate de conocer todos los hechos antes de criticar la historia.



–Si estaban *muertos de hambre*, ¿por qué desperdiciaron migas de pan? –preguntó Conner-. A mi entender, eran un par de niños que buscaban problemas.

Alex gruñó otra vez.

–Y según tu mente desquiciada, ¿cuál es la lección de *Ricitos de Oro y los tres osos*? –lo desafió.

–Fácil –dijo Conner-. ¡Cierra las puertas con llave! Hay ladrones de todas las formas y tamaños. No se puede confiar ni en las niñas pequeñas con ricitos.

Alex soltó otro gruñido y se cruzó de brazos. Intentó con todas sus fuerzas no reírse; no quería validar la opinión de su hermano.

–¡El cuento de Ricitos de Oro es sobre las consecuencias! La señora Peters lo dijo –exclamó. Aunque Alex nunca lo admitiría, a veces era divertido discutir con su hermano-. ¿Y sobre qué crees que trata *Jack y los frijoles mágicos*? –preguntó Alex.

Conner lo meditó un momento y sonrió con picardía.

–Los frijoles en mal estado pueden causar algo más que indigestión –respondió, riéndose a carcajadas.

Alex presionó sus labios para esconder una sonrisa.

–¿Y cuál es la lección de *Caperucita Roja*? –indagó-. ¿Crees que ella debería haberle *enviado por correo* la canasta a su abuela?

–¡Ahora sí estás usando la cabeza! –dijo él-. Aunque siempre me dio lástima Caperucita. Es obvio que sus padres no la querían mucho.

–¿Por qué dices eso? –preguntó Alex, sin saber cómo era posible que su hermano hubiese hecho esa interpretación de la historia.



–¿Quién envía a su hija a cruzar un bosque oscuro en el que vive un lobo, con una canasta de comida recién hecha y vistiendo una capa tan llamativa? –exclamó Conner–. ¡Prácticamente esperaban que la devorara! ¡Debe haber sido una niña muy molesta!

Alex reprimió una carcajada con todas sus fuerzas, pero, para placer de Conner, se le escapó una risita.

–Yo sé que en el fondo estás de acuerdo conmigo –dijo Conner, golpeando suavemente el hombro de Alex.

–Conner, las personas como tú son las que arruinan los cuentos de hadas para el resto del mundo –Alex se obligó a borrar la sonrisa de su rostro–. La gente hace chistes sobre los cuentos y, de repente, todo el mensaje de la historia se... se... *pierde*.

Alex se detuvo de repente. Todo el color de su rostro se desvaneció con lentitud. Algo en la calle de enfrente le había llamado la atención, algo muy decepcionante.

–¿Qué sucede? –preguntó Conner, girando para mirar a su hermana.

Alex tenía la vista fija en una casa grande. Era adorable, pintada de color azul con detalles en blanco y muchas ventanas. El jardín de la entrada era perfecto; tenía la cantidad necesaria de césped, áreas con flores coloridas y un gran roble que era ideal para trepar.

Si una casa pudiera sonreír, esta tendría una sonrisa de oreja a oreja.

–Mira –dijo Alex, señalando un cartel con las palabras “En venta” que estaba junto al roble. Una cinta de un rojo brillante con la palabra *vendida* había sido agregada hacía poco al cartel.



»Se vendió –comentó Alex, negando lentamente con la cabeza, sin poder creer lo que veía.

»Se vendió –repitió, deseando que no fuera cierto.

El poco color presente en el rostro de Conner también se desvaneció. Los mellizos contemplaron la casa en silencio por un momento, sin saber qué decirse.

–Ambos sabíamos que esto iba a pasar *eventualmente* –dijo Conner.

–Entonces, ¿por qué me siento tan sorprendida? –preguntó con suavidad la chica–. Supongo que había estado en venta por tanto tiempo que creí que estaba... Ya sabes... *esperándonos*.

Conner vio cómo los ojos de su hermana se llenaban de lágrimas, a través de sus propios ojos húmedos.

–Vamos, Alex –exclamó Conner y continuó caminando–. Vámonos a casa.

Miró la propiedad por un segundo más y después siguió a su hermano. Esa casa era solo una de las cosas que la familia Bailey había perdido hacía poco...



Hace un año, apenas unos días antes del cumpleaños número once, el padre de Alex y Conner murió en un accidente de tránsito mientras regresaba a casa del trabajo. Él era el dueño de una librería llamada *Los libros del señor Bailey*, que estaba cerca de su casa, pero solo se necesitaron unas pocas calles para que tuviera lugar un gran accidente.

Los mellizos y su madre habían estado esperándolo ansiosos en la mesa, listos para cenar, cuando recibieron



una llamada, en la que les informaron que su padre no regresaría a casa esa noche ni ninguna de las noches sucesivas. Él nunca había llegado tarde a la cena y por eso, en cuanto sonó el teléfono, todos supieron que algo malo había sucedido.

Alex y Conner jamás pudieron olvidar la expresión en el rostro de su madre cuando atendió el teléfono; una expresión que les dijo sin una palabra que sus vidas jamás volverían a ser las mismas. Nunca la habían visto llorar como lo hizo esa noche.

Todo sucedió tan rápido después de ese momento que les era difícil recordar el orden en el que había ocurrido todo.

Recordaban a su madre haciendo miles de llamadas telefónicas y lidiando con mucho papeleo; su abuela había venido a cuidarlos mientras su madre se encargaba de los preparativos para el funeral. Recordaban cómo habían tomado a su madre de la mano mientras caminaban por el pasillo de la iglesia, en el funeral. Recordaban flores blancas y velas y todas las expresiones tristes en los rostros de todos los que habían asistido, a medida que caminaban. Recordaban toda la comida que les habían mandado y que les decían cuánto lamentaban lo sucedido.

No recordaron su cumpleaños número once, porque nadie se acordó.

Los mellizos recordaban lo fuertes que habían sido por ellos su abuela y su madre en los meses siguientes. Se acordaban de su madre explicándoles por qué tenían que vender la librería. Recordaron que, con el tiempo, su madre ya no podía mantener su hermosa casa azul, y que tuvieron que mudarse a una casa alquilada que estaba un poco más alejada.





Recordaban que la abuela se fue después de que se hubieran instalado en su nueva y pequeña casa. Recordaban regresar al colegio y la sensación de falsa normalidad que tenían, pero sobre todo, los mellizos recordaban no entender por qué había tenido que suceder todo eso.

Pasó un año entero, y aún no lo comprendían. Varias personas les habían dicho que sería más fácil sobrellevarlo con el tiempo, pero ¿a cuánto tiempo se referían? La pérdida de su padre parecía hacerse cada día más profunda. Lo extrañaban tanto que a veces esperaban que la tristeza les desbordara el cuerpo.

Extrañaban su sonrisa, extrañaban su alegría y extrañaban sus historias...

Cada vez que Alex había tenido un día particularmente malo en la escuela, lo primero que hacía al llegar a casa era subirse a la bicicleta y pedalear hasta el negocio de su papá. Corría a través de la puerta principal, lo encontraba y le decía: “Papi, necesito hablar contigo”.

No importaba si estaba ayudando a un cliente u ordenando libros nuevos en los estantes, el señor Bailey siempre dejaba lo que estaba haciendo, llevaba a su hija al depósito en el fondo de la librería, y escuchaba lo que le había sucedido.

–¿Qué sucede, cariño? –le preguntaba con grandes ojos preocupados.

–Tuve un día muy malo hoy, papi –le había dicho Alex en una ocasión.

–¿Siguen burlándose de ti los otros niños? –preguntó–. Puedo llamar a la escuela y pedirle a tu maestra que hable con ellos.

–Eso no va a solucionar nada –dijo Alex sorbiéndose la



nariz-. Al molestarte públicamente están llenado un vacío de inseguridad causado por el abandono social y doméstico.

-Entonces, cariño, ¿quieres decir que solo están *celosos*? -preguntó el señor Bailey rascándose la cabeza.

-Exacto -respondió Alex-. Hoy leí en la biblioteca, durante el almuerzo, un libro de psicología que explicaba la situación.

El señor Bailey dejó escapar una risa orgullosa. La inteligencia de su hija lo fascinaba constantemente.

-Creo que eres demasiado inteligente para tu propio bien, Alex -comentó.

-A veces quisiera ser igual a todos los demás -confesó Alex-. Estoy cansada de estar sola, papi. Si ser inteligente y una buena alumna significa que nunca tendré amigos, entonces quisiera ser más como *Conner*.

-Alex, ¿te he contado alguna vez la historia del Árbol Sinuoso? -preguntó el señor Bailey.

-No -respondió Alex.

Al señor Bailey se le iluminó la mirada. Siempre le pasaba cuando estaba a punto de contar una historia.

-Bueno -comenzó-, un día, cuando era muy joven, me encontraba caminando por el bosque y vi algo muy peculiar. Era un árbol perenne, pero era diferente a cualquier otro que hubiera visto: en vez de crecer hacia arriba en forma recta, su tronco se curvaba y crecía en espirales como una gran enredadera.

-¿Cómo? -preguntó Alex cautivada-. Eso es imposible. Las plantas perennes no crecen así.

-Tal vez alguien se olvidó de decirle eso al árbol -dijo el señor Bailey-. Bueno, un día los leñadores aparecieron y



talaron cada árbol que estaba en la zona; todos menos el Árbol Sinuoso.

-¿Por qué? -preguntó Alex.

-Porque creyeron que era inútil -respondió su padre-. No se puede construir una mesa, una silla ni un armario con esa madera. Sabes, el Árbol Sinuoso debe haberse sentido distinto de otros árboles, pero su singularidad fue lo que lo salvó.

-¿Qué le sucedió al Árbol Sinuoso? -preguntó Alex.

-Todavía está en pie -dijo el señor Bailey con una sonrisa-. Está creciendo cada vez más alto y más sinuoso.

Una sonrisa pequeña se dibujó en la cara de Alex.

-Creo que ya entiendo lo que quieres decirme, papi -exclamó.

-Me alegro -dijo el señor Bailey-. Ahora todo lo que tienes que hacer es esperar a que vengan los leñadores a derribar a todos tus pares.

Alex se rio por primera vez durante el día. El señor Bailey siempre sabía cómo levantarle el ánimo.



Los mellizos tardaban el doble de tiempo en llegar desde que se habían mudado a la casa alquilada. Era una casa aburrida con paredes oscuras y el suelo plano. Tenía pocas ventanas, y el jardín delantero consistía en un terreno de césped que apenas estaba vivo, porque los regadores no funcionaban.

El hogar de los Bailey era acogedor, pero estaba atestado de cosas. Tenían más muebles que lugar disponible, y ninguno combinaba con la casa porque no se suponía que lo



hicieran. Aunque habían vivido allí por más de medio año, aún había cajas sin desempacar alineadas contra las paredes.

Ninguno de ellos quería abrirlas; ninguno quería admitir que iban a quedarse allí por tanto tiempo como en realidad ocurrió.

Los mellizos se dirigieron inmediatamente al piso de arriba y entraron a sus respectivas habitaciones. Alex se sentó en su escritorio y comenzó a hacer la tarea. Su hermano se recostó en la cama y se quedó dormido.

Cualquiera hubiera pensado que la habitación de Alex era una biblioteca, si no fuera por la cama color amarillo brillante que estaba apartada en una esquina. Estanterías de todos los tamaños imaginables delineaban la habitación y contenían todo tipo de libros, desde novelas cortas hasta enciclopedias.

La habitación de Conner se parecía a una cueva, en la que hibernaba cada vez que podía. Estaba poco iluminada y desordenada; se podían divisar sectores de la alfombra, debajo de las pilas de ropa sucia. Un emparedado de queso a medio comer descansaba sobre el suelo y había permanecido allí por demasiado tiempo como para que cualquiera se quedara tranquilo.

Alrededor de una hora más tarde, los mellizos escucharon unos ruidos que significaban que su madre había pasado a visitarlos desde el trabajo, por lo que bajaron para reunirse con ella en la cocina. Estaba sentada en la mesa mientras hablaba por teléfono y hojeaba una pila de sobres que acababa de recoger del buzón.

Charlotte Bailey era una mujer muy bonita que tenía cabello rojo y pecas en su piel, un rasgo que los mellizos



habían, sin duda alguna, heredado de ella. Tenía un gran corazón bondadoso y amaba a sus hijos más que a nada en el mundo.

Por desgracia, últimamente apenas la veían.

Era enfermera de niños en el hospital local y se veía obligada a trabajar constantemente en doble turno para mantener a la familia desde la muerte de su esposo. La señora Bailey se marchaba antes de que los mellizos se despertaran cada mañana y volvía a casa luego de que los niños se fueran a dormir. El único momento en el que estaba en casa y en el que podía pasar tiempo con ellos era durante el breve almuerzo y los recreos para cenar.

La señora Bailey amaba su trabajo y amaba ocuparse de los niños en el hospital, pero odiaba que le sacara tiempo para compartir con los suyos. En cierto modo, los mellizos sentían que habían perdido tanto a su madre como a su padre después del accidente.

–Hola, chicos –les dijo la señora Bailey tapando el teléfono con la mano–. ¿Tuvieron un buen día en la escuela?

Alex asintió. Conner le dedicó dos pulgares arriba con un entusiasmo exagerado.

–Sí, puedo hacer doble turno este lunes –dijo en el teléfono, hablando con alguien del hospital–. No hay problema –mintió.

La mayoría de los sobres que había estado hojeando tenían unos stickers de un rojo brillante que decían ÚLTIMO AVISO o PENDIENTE DE PAGO. Aun trabajando la cantidad de horas que ella hacía, a veces tenía que ser creativa con el dinero. Puso los sobres boca abajo sobre la mesa para evitar que los mellizos los vieran.



–Gracias –dijo la señora Bailey en el teléfono y colgó. Miró a sus hijos-. ¿Cómo están, chicos?

–Bien –respondieron ambos tranquilamente.

La *mamintuición* de la señora Bailey se encendió. Sabía que algo estaba preocupando a sus hijos.

–¿Qué sucede? –les preguntó estudiándoles el rostro-. Parecen algo tristes.

Intercambiaron miradas, dudando de qué decir. ¿Sabía su madre sobre su casa anterior? ¿Debían contárselo?

–Vamos –dijo la señora Bailey-. ¿Qué ocurre? Pueden contarme lo que sea.

–No estamos decepcionados –respondió Conner-. Sabíamos que iba a pasar tarde o temprano.

–¿A qué te refieres? –preguntó su madre.

–Se vendió la casa –dijo Alex-. La vimos hoy cuando volvíamos de la escuela.

Pasó un minuto antes de que alguien hablara. Esta noticia no era nueva para la señora Bailey, pero los mellizos podían darse cuenta de que su madre estaba tan decepcionada como ellos al respecto y que ella esperaba que no lo notaran.

–Ah, *eso* –dijo la señora Bailey restándole importancia-. Sí, lo sé. De todos modos, no tienen que estar tristes por eso. Encontraremos una casa más grande y mejor, en cuanto nos pongamos al día con las cosas de aquí.

Y eso fue todo. La señora Bailey no era una buena mentirosa, y los mellizos tampoco. Sin embargo, Alex y Conner siempre sonreían y asentían junto con ella.

–¿Qué aprendieron hoy en la escuela? –les preguntó su madre.

–Muchísimo –declaró Alex con una sonrisa enorme.

-No tanto -murmuró Conner con el ceño fruncido.

-¡Eso es porque te quedaste dormido en clase de nuevo!  
Conner le dedicó una mirada asesina a su hermana.

-Ay, Conner, ¿otra vez? -preguntó su madre, negando con la cabeza-. ¿Qué vamos a hacer contigo?

-¡No es mi culpa! -replicó él-. Las clases de la señora Peters me duermen. ¡Solo pasa! Es como si mi cerebro se apagara o algo así. A veces ni siquiera mi truco de la bandita elástica funciona.

-¿*Truco de la bandita elástica*? -preguntó la señora Bailey.

-Uso una bandita en la muñeca y, cada vez que tengo sueño, tiro de ella para que me golpee -explicó Conner-. ¡Estaba seguro de que era a prueba de tontos!

La señora Bailey negó con la cabeza, más entretenida que otra cosa.

-Bueno, no olvides lo afortunado que eres de poder estar en ese aula -dijo ella con una mirada generadora de culpa, típica de las madres-. A todos los niños del hospital les encantaría más que nada cambiar lugares contigo e ir a la escuela todos los días.

-Cambiarían de opinión si conocieran a la señora Peters -masculló Conner.

El teléfono sonó justo cuando la señora Bailey estaba por continuar regañando a su hijo.

-¿Hola? -dijo ella atendiendo la llamada. Las líneas de expresión de su frente se marcaron visiblemente-. ¿Mañana? No, tiene que haber un error. Les dije que no podía trabajar mañana; es el cumpleaños número doce de los mellizos y estaba planeando pasar la noche con ellos.

Alex y Conner se miraron con la misma expresión de



sorpresa. Por poco se habían olvidado que cumplían doce al día siguiente. Por poco...

–¿Estás seguro de que no hay nadie que pueda cubrir ese turno? –preguntó la señora Bailey, con un tono de voz que sonó más desesperado de lo que quería-. No, entiendo... Sí, por supuesto... Estoy al tanto del recorte de personal... Nos vemos mañana.

La Señora Bailey colgó, cerró los ojos y soltó un suspiro profundo y decepcionante.

–Tengo malas noticias, chicos –les dijo-. Parece que tendré que trabajar mañana a la noche, así que no estaré aquí para su cumpleaños. ¡Pero se los recompensaré! Celebraremos juntos cuando vuelva del trabajo a la noche siguiente, ¿de acuerdo?

–No te preocupes, mamá –dijo Alex alegremente, tratando de hacerla sentir mejor-. Lo entendemos.

–Está bien –añadió Conner-. De todos modos, no estábamos esperando nada especial.

La situación hizo que la señora Bailey se sintiera una madre horrible, y la comprensión de sus hijos solo la hacía sentir peor. Hubiera preferido que hicieran un berrinche o que se enojaran o que mostraran cualquier otra emoción acorde a su edad. Eran demasiado jóvenes para estar *acostumbrados* a la decepción.

–Oh... –dijo la señora Bailey, luchando con la tristeza que sentía-. Genial. Entonces, cenaremos... y compraré un pastel... y tendremos una linda velada... Ahora solo voy a ir arriba un minuto antes de regresar al trabajo.

Abandonó la cocina y se apresuró a subir por la escalera y entrar en su habitación.





Los mellizos dejaron pasar unos segundos antes de subir para ver cómo estaba su mamá.

Espiaron a su madre en la habitación. Se encontraba sentada sobre la cama, llorando, con pañuelos descartables en ambas manos, mientras le hablaba a una foto enmarcada de su esposo.

–Oh, John –sollozaba la señora Bailey–. Intento ser fuerte y mantener a nuestra familia a flote, pero es muy difícil hacerlo sin ti. Son tan buenos niños. No se merecen esto.

Se secó las lágrimas rápidamente cuando sintió que los mellizos la observaban. Alex y Conner entraron con lentitud en la habitación y se sentaron uno a cada lado de su madre.

–Lamento muchísimo todo lo sucedido –les dijo–. No es justo que hayan tenido que pasar por todo esto siendo tan jóvenes.

–Va a estar todo bien, mamá –comentó Alex–. No necesitamos hacer nada especial por nuestro cumpleaños.

–De todas maneras, los cumpleaños están sobrevalorados –añadió Conner–. Sabemos que la situación aquí es complicada.

La señora Bailey los envolvió con los brazos.

–¿Cuándo fue que se volvieron tan maduros? –les preguntó con los ojos húmedos–. ¡Soy la madre más afortunada del mundo!

Todos los ojos se posaron en la foto del señor Bailey.

–¿Saben qué diría su papá si estuviera aquí? –le preguntó a los mellizos–. Diría: *Ahora estamos en un capítulo feo de nuestras vidas, pero ¡los libros siempre mejoran!*.

Los mellizos le sonrieron, deseando que aquellas palabras fueran verdad.

